

## *Impresiones e imprecisiones de la condesa D'Aulnoy sobre Madrid*

CRISTÓBAL MARÍN TOVAR

Desde la Antigüedad, los libros de viajeros se han considerado como fuente de gran interés, tanto para el conocimiento de los modos de vida de una sociedad determinada, de la ideología o hecho histórico circunstancial o para el conocimiento descriptivo de tierras y paisajes. Desde Herodoto a Don Quijote, por atenernos a un amplio arco temporal, el papel desempeñado por la literatura de viajes ha servido para mejor clasificar determinados acontecimientos históricos o para penetrar de manera más auténtica en las actitudes espirituales o culturales de una época<sup>1</sup>. El libro de viajes tomó una particular firmeza en los siglos XVII y XVIII<sup>2</sup> con especial incidencia en la época de la Ilustración<sup>3</sup>. En el siglo XIX, el Romanticismo creó incluso la provechosa «Bibliografía de viajes de España y Portugal» de R. Foulche-DesBosc en la que se recogen más de ochocientos testimonios de viajes por España, desde el siglo II hasta 1895. Es obra que ha sido utilizada en numerosas ocasiones como fuente sustantiva para el conocimiento de determinadas situaciones históricas<sup>4</sup>.

En el siglo XVII, cuando los jóvenes ingleses terminados sus estudios iniciaban sus viajes a Francia, a Suiza o a Italia en lo que llamaban «The Grand Tour», experiencia considerada como complemento educativo para su formación superior, hay constancia de la presencia también de dichos estudiantes en ciudades españolas. Fue

---

<sup>1</sup> González de Amezua R.: «Camino de Trento. Como se viajaba en el siglo XVI». En *Opúsculos histórico-literarios*. III. Madrid, 1951, CSIC.

<sup>2</sup> Díez Borque R.: *La sociedad española y los viajeros del siglo XVII*. En Colección Temal Esgel. Madrid, 1975, p. 13.

Hugh Thomas: Madrid, una antología para el viajero. Grijaldo. Barcelona 1988.

<sup>3</sup> Blasco Castineyra S.: «Viajeros por Aranjuez en el siglo XVIII. Antología de descripciones del Real Sitio». En *El Real Sitio de Aranjuez y el Arte Cortesano del siglo XVIII*, Catálogo-Exposición. Madrid, 1987.

Gómez de la Serna G.: *Los viajeros de la Ilustración*. Madrid, 1974. .

<sup>4</sup> Foulche-Desbosc R.: *Bibliographie des Voyages en Espagne et en Portugal*. París. Welter, 1896.

muy especialmente Madrid la ciudad que constituía un punto de referencia de gran atracción para tales viajeros<sup>5</sup>.

La España del siglo XVII, y al propio ritmo de sus desastres militares y sus crisis económicas, fue objetivo continuo de denuncia por visitantes tanto españoles como extranjeros. La crítica llegó a ser dura y hasta sarcástica por los propios literatos de nuestro Siglo de Oro. Así el propio Quevedo, elocuente y a su vez mordaz escribía sin ningún rubor: «Ni pondero ni disimulo las acciones y porque pretendo informar los oídos, no regalarlos ni ofenderlos, dejo a las malicias de mi silencio remitidas las conjeturas del estado que tuvo España cuando la muerte, con advertencia lastimosa, hizo fabrica de tan grandes ruinas»<sup>6</sup>. Siempre explícito, no dudó en juzgar a los responsables de la decadencia de España. De Lerma escribió: «Sus costumbres no fueron las que le aduló su privanza ni las que le achacó la caída sino las que ocasionaron sospechas y rumores y consintieron aquella lisonja y la premiaron. Fue su ruina que privó más como quiso que como debía... pareció más competir a su Señor que obedecerle»<sup>7</sup>. De su hijo el Duque de Uceda escribió: «Edificó una casa que fue distraimiento de su hacienda, nota de su juicio, descrédito de su gusto, inquietud de su poder y sospecha de su entereza...»<sup>8</sup>. Quevedo no sólo censuró a los ministros «en cuya mano estuvieron todas las cosas»<sup>9</sup> sino que enjuició duramente a la mayor parte de los gobernantes a los que acusaba de haber minado deliberadamente el prestigio de España.

La Condesa Marie Catherine D'Aulnoy viaja a España en 1679. Su llegada coincidió con un acontecimiento relevante, la entrada en Madrid de la Reina María Luisa de Borbón o de Orleans, primera esposa del Rey Carlos II<sup>10</sup>. María Luisa de Orleans además de ser incluida en sus cuentos por Perrault, fue descrita por Madame D'Aulnoy. En su relación de la entrada de la Reina en la capital de España<sup>11</sup> nos ofrece informaciones muy precisas sobre el acontecimiento aunque su relato adolezca en ocasiones también de cierta imprecisión, especialmente al afrontar los valores artísticos de aquella celebración, o de mirar y valorar con objetividad las actuaciones de artífices españoles activos en aquel acto<sup>12</sup>. D'Aulnoy, en aquella ocasión, pudo contemplar el Madrid vestido con sus mejores galas, sin embargo, los juicios de la distinguida viajera carecerán como veremos de objetividad. De ahí que consideremos en este breve planteamiento, que ante las posturas críticas de los viajeros se ha de matizar tanto el motivo del viaje como el propio carácter del viajero en aras de encontrar en las declaraciones autenticidad o validez como fuentes de referencia histórica.

<sup>5</sup> Shaw Fairman P.: «El Madrid y los madrileños del siglo XVII según los visitantes ingleses de la época». En *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. Tomo I, 1966, p. 141.

<sup>6</sup> Quevedo D. de.: «Grandes Anales de Quince Días». En *Obras Completas*. Aguilar 1979, p. 817. .

<sup>7</sup> Quevedo, ob. cit., p. 851.

<sup>8</sup> Quevedo ob. cit., pp. 851 y 852.

<sup>9</sup> Quevedo, ob. cit., p. 821.

<sup>10</sup> Tovar Martín V.: «El barroco efímero y la fiesta popular. La entrada triunfal en Madrid en el siglo XVII». En *Aula del Cultura*. Ayuntamiento de Madrid. Ciclo sobre «Fiestas y Costumbres madrileñas», núm. 12. Madrid 1985, p. 20.

<sup>11</sup> Duque de Maura: *Vida y reinado de Carlos II*. Madrid 1954.

<sup>12</sup> D'Aulnoy Madame: *Relación del Viaje de España*. Ed. Akal. Madrid, 1986, p. 407.

Respecto a Mm. D'Aulnoy, Muñoz Rojas ya nos advierte de sus «exageraciones y su falta de fidelidad histórica y censura incluso el acarreo literario con el que sobrecarga sus memorias»<sup>13</sup>. No deja tampoco de ser significativo el título de «Fantasías y realidades del viaje a Madrid de la Condesa D'Aulnoy»<sup>14</sup> que tanto el Duque de Maura como González de Amezua dieron a su trabajo sobre esta peculiar viajera, de la que no dudan en afirmar: «... oyó mucho más de lo que pudo ver y guardó de ello nota o memoria, pero no lo entendió sino a medias y fantaseó por cuenta propia cuando hubo de transcribirlo diez años después diciendo haberlo visto y plagiando a diestro y siniestro». «... Ni es falso todo lo que ella aporta ni es auténtico o exacto cuando copia de los demás»<sup>15</sup>.

Nos parece procedente adelantar algunos datos biográficos de la Condesa D'Aulnoy. Se llamaba Marie Catherine Jumel de Balneville y contrajo matrimonio a los dieciséis años con Francisco de la Motte, Baron D'Aulnoy quien casi le doblaba la edad. Desde muy joven escribió novelas, cortas y largas y cuentos de hadas a la par que se relacionaba en fiestas y reuniones con la aristocracia. Pronto manifestó su deseo de conocer España y fruto de tales viajes fueron sus obras *Relación del viaje de España y Memorias de la Corte española*<sup>16</sup>. Nuestra reflexión la hemos dedicado a la primera de estas obras.

## IMPRESIONES SOBRE EL URBANISMO EN MADRID

En el siglo xvii, recién consolidada la capitalidad, el trazado urbano de la Villa y Corte se sometía a un «plan de desarrollo», que no es este el momento de cuestionar en sus valores positivos o negativos, pero si la ocasión de recordar que el sistema especulativo puesto en marcha estuvo en todo momento sustentado por una idea de «modernización» sin dejar de tener en cuenta el propio estructuralismo heredado de raíz cristiano-musulmán. En ningún momento se llegó a olvidar el núcleo histórico del que se partía, siendo incluso conscientes los urbanistas de que aquel primitivo Madrid era portador de la memoria histórica de la capital en auge<sup>17</sup>.

<sup>13</sup> Muñoz Rojas, J.: «La imagen romántica de España. Los precursores». En *Imagen romántica de España*, Madrid 1981.

<sup>14</sup> Duque de Maura y Gómez de Amezua R.: *Fantasías y realidades del viaje a Madrid de la Condesa D'Aulnoy*. Madrid s. f.

<sup>15</sup> Duque de Maura y Gómez de Amezua R.: ob. cit., p.

<sup>16</sup> Lorenzo Díaz, J. Prólogo a la obra de la Condesa D'Aulnoy, *Relación del viaje de España*. Ed. Akal. Madrid, 1986.

<sup>17</sup> Molina Campuzano M.: *Planos de Madrid en los siglos XVII y XVIII*. Instituto de Estudios de la Administración Local. Madrid 1960.

Cervera Vera L.: «La época de los Austrias». En *Resumen histórico del urbanismo en España*. Madrid 1968, p. 173.

Alvar A.: *El nacimiento de una capital europea*. Madrid entre 1561 y 1606. Madrid 1989, p. 191.

Tovar Martín V.: «El siglo XVII. La capital en su contexto urbano- arquitectónico». En *Historia de Madrid*. Madrid 1993, p. 193.



Madrid en el mapa de Texeira de 1656.

Pero Madrid, que pasaba a ser de modesta Villa a Capital de un Imperio, inició el proceso de readaptación hacia sus nuevas funciones administrativas e institucionales. Nuevas Ordenanzas reglamentaban su futuro, de tal modo que en los reinados de los tres últimos Austrias Madrid experimentó importantes transformaciones tanto en sistemas de abastecimiento, infraestructuras del suelo, edificaciones monumentales, y otras muchas actuaciones con las que se pretendió cambiar su semblante<sup>18</sup>. Juan Gómez de Mora, como arquitecto del Rey y Maestro Mayor de la Villa estuvo implicado en numerosas gestiones tanto arquitectónicas como ingenieriles, imponiendo a la ciudad una nueva fisonomía y haciendo frente a sus más importantes necesidades ciudadanas<sup>19</sup>. Madrid hacia 1650, como se demuestra en el plano de Texeira, había superado un primer proceso urbano y dejaba abiertas muchas posibilidades para el futuro<sup>20</sup>. Se habían llevado a cabo hechos tan relevantes como la construcción de un nuevo centro, la Plaza Mayor, con el nuevo alineamientos de sus calles adyacentes; se habían creado nuevas plazas y se había

<sup>18</sup> Iñiguez Almech L.: *Herrera y las reformas de Madrid de Felipe II*. R. Bama. 1950.

<sup>19</sup> Tovar Martín V.: *Juan Gómez de Mora, Arquitecto Real y Maestro Mayor de la Villa de Madrid*. Catálogo Exposición. Madrid 1986.

<sup>20</sup> Díaz y Díaz M. S.: «Fuentes públicas y monumentales de Madrid en el siglo XVII». En *Villa de Madrid*, 1976, XIV, 53, pp. 39-50.

emprendido el proceso de la intervención en las periferias que ya alumbraban el futuro de los nuevos ensanches<sup>21</sup>. Se habían construido 27 salidas entre Puertas y Portillos y el nuevo perímetro de la capital se había delimitado con una nueva cerca. Las calles se pavimentaron, se alumbraron y se complementaron con aceras, labor que fue muy elogiada por algunos visitantes extranjeros<sup>22</sup>. Arquitecturas de carácter civil o religioso se fueron intercalando dando prestancia a determinados enclaves<sup>23</sup>.

Los paseos de Madame D'Aulnoy por Madrid tuvieron que llevarse a cabo sin duda por cualquiera de los núcleos urbanos modernizados. Sin embargo de sus paseos por las calles de Atocha, Alcalá, San Bernardo o San Bernardino, escribe en estos términos: «... el barrizal es ese puerco barro negro que forma arroyos por estas calles en las que un caballo se hunde hasta la cincha...»<sup>24</sup>. La Condesa durante su estancia en Madrid se centró habitualmente en el entorno del Alcázar y hemos de advertir que en aquella zona del Campo del Rey se había apiñado gran parte de la nobleza española que buscó proximidad a la casa del Rey y fue un núcleo aquél que aun conservando su tejido medieval se sometió a intervenciones constantes costeadas por el Municipio y la Corona, no sólo por el nivel de representatividad que la zona exigía sino también porque se convirtió en un vasto foro para todo tipo de celebraciones públicas en las que estuvo presente la Monarquía. La zona fue sometida a incontables intervenciones urbano-arquitectónicas y aunque permaneció el tejido sinuoso, palacios como los del Duque de Uceda, el Conde de Arcos, el de Lemos, Pastrana-Infantado, Benavente, etc., se constituyeron en ejes y condicionantes de un entorno colindante a tales residencias, modificándose sensiblemente aquella vieja zona hasta entonces escasamente considerada<sup>25</sup>.

La Condesa define a Madrid como «un barrizal» o como «foco de polvo y barro más que ninguna otra ciudad del mundo». Sin embargo esta opinión se contradice con otras declaraciones en las que deja clara constancia de que la capital luce y esta llena de «calles largas y rectas de considerable anchura» como si quisiera con ello resaltar algún signo de modernidad. Agrega: «la ciudad no esta rodeada de murallas ni de fosos; las puertas, por decirlo así, se cierran con picaportes. He visto varias completamente destruidas y no hay ningún sitio que parezca de defensa ni nada en fin que no se pueda forzar a naranjazos o limonazos. Pero sería además inútil el fortificar esta ciudad; las montañas que la rodean le sirven de defensa...»<sup>26</sup>.

<sup>21</sup> Tovar Martín V.: *Arquitectos madrileños de la segunda mitad del siglo XVII*. Instituto de Estudios Madrileños. Madrid, 1975.

<sup>22</sup> Blasco Castineyra. ob. cit.

<sup>23</sup> Tovar Martín V.: «La vivienda madrileña de los siglos XVII y XVIII». En *Cointra-Press*. núm. 25, Madrid, 1976, pp. 17-27.

<sup>24</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 359.

<sup>25</sup> Tovar Martín V.: «El Palacio Real de Madrid en su entorno.» En *El Real Alcázar de Madrid*. Catálogo-Exposición. Madrid 1994, p. 60.

<sup>26</sup> D'Aulnoy, ob. cit., pp. 224, 225.

Nos consta que las Puertas principales de la ciudad en aquel tiempo habían sido en su mayoría reconstruidas o construidas de nuevo. Y resulta un tanto sorprendente que de sus paseos por el entorno del Alcázar no sacase alguna impresión del nuevo porte dado a la residencia del Monarca en su fachada principal meridional, del aspecto de la nueva Plaza de Armas, o edificios próximos tan considerados como la Casa del Tesoro, la Botica Real, los conventos de San Gil o el de la Encarnación<sup>27</sup> Tampoco nos parece acertada la observación de la defensa «natural» de la capital, pues era bien visible su situación abierta y en pendiente sobre la escarpada ladera del Manzanares.

Nos parece procedente recordar las impresiones que simultáneamente ofrecieron otros viajeros extranjeros. En 1654 Robert Bargrave escribe sobre Madrid en estos términos: «Las calles son en general anchas y por lo tanto están llenas de coches ... por cuya razón en invierno están sucias y desagradables y en verano polvorientas y molestas...»<sup>28</sup>. En 1644 Francis Willughby apunta: «... las calles de Madrid están muy sucias y asquerosas»<sup>29</sup> al mismo tiempo que W. Bromley afirma: «... algunas de las calles son muy anchas y elegantes pero tan mal cuidadas que resaltan desagradables; en ellas tiran todos la porquería y en ellas queda»<sup>30</sup>. Como se observa los viajeros coinciden en algunos aspectos mientras se contradicen en otros advirtiéndose por lo general que hay ciertos tópicos que se trasladan sin más razonamiento de unos a otros.

La Condesa sintió cierta curiosidad por las periferias madrileñas, por aquellos cinturones que medían entre la ciudad y el campo y que en ocasiones estuvieron adornados por arboledas y fuentes. Tal vez le pudo atraer el bullicio social y y el ambiente recreativo de aquellos parajes; tal vez por ello demostró especial interés por el Paseo del Prado del que curiosamente dice: «... fuimos a pasear al Prado, a la francesa, es decir, hombres y mujeres en la misma carroza...»<sup>31</sup>. También se acercó a las tierras de la Florida, al llamado Prado Nuevo, del que destaca las fuentes y surtidores<sup>32</sup>. Se acercó al Paseo de San Bernardino, lugar alejado y de menor tránsito, del que nos especifica su atractivo «en invierno»<sup>33</sup>. Y nos traslada también al «paseo fuera de la Puerta de Toledo» «al sitio llamado El Sotillo donde nadie deja de ir allí»<sup>34</sup>. A la Condesa D'Aulnoy le atraían la afueras de la capital tal vez año-

<sup>27</sup> *El Real Alcázar de Madrid*. Catálogo-Exposición. Madrid. 1994.

<sup>28</sup> Bargrave R.: *A description of my voyage into the Streights began in anno 1654 and of my land Journeys accruing thereon*. Este manuscrito lleva como título: *A relation of Sundry voyages and journeys made by mee Robert Bargrave, younger Sonnto Dr Bargrave, Den of Isaacke, Canterbury* (Conservado en la Bodleian Library de Oxford).

<sup>29</sup> Willughby F.: *An Account of the travels of Francis Willughby Esq. Througn great part of Spain*. Esta relación fue publicada junto a la obra de otro naturalista John Ray, *Travels through the Low Countries*, 1738.

<sup>30</sup> Bromley W.: *Several years Travels through Portugal, Spain, Italy, Germany, Prussia, Sweden, Denmark and the United Provinces, performed by a Gentleman*. Londres 1702.

<sup>31</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 303.

<sup>32</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 272.

<sup>33</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 230.

<sup>34</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 272.

rando en su fina mentalidad las nuevas transformaciones periféricas de París puestas en marcha en aquel entonces. En tales paseos suburbanos no le pasó inadvertido el Puente de Segovia que comunicaba el camino de Valladolid con la Calle Nueva. Generosa en su apreciación lo califica de «soberbio» y lo equipara al Puente Nuevo (Pont Neuf) de París construido por Enrique IV en los primeros años del siglo XVII y considerado como un símbolo monumental de su corto reinado<sup>35</sup>. Advierte sin embargo que a la grandeza del Puente de Segovia no corresponde el débil curso del río Manzanares y apunta: «es ridículo haber hecho tal Puente donde no hay agua ... habría que vender el puente para comprar agua...»<sup>36</sup>. Pero era un juicio que ya habían hecho publico nuestros propios escritores. Lope de Vega había escrito sobre la cuestión: «Quitenme aquesta puente, que me mata/señores regidores de la Villa/miren que me ha quebrado una costilla/que aunque me viene grande me maltrata. De bola en bola tanto se dilata/que no la alcanza a ver mi verde orilla/mejor es que la lleven a Sevilla/si cabe en el camino de la Plata...»<sup>37</sup>.

Bargrave también repara en la falta de agua del Manzanares «pues casi todos los veranos se seca» advertía<sup>38</sup>. Otros viajeros tratan al Manzanares «de imaginario» «que apenas se encuentra a no ser en las canciones de los poetas»<sup>39</sup>. También con cierta cortesía un embajador llevo a decir: «o menos Puente o más agua»<sup>40</sup>.

## VISIÓN DE LA ARQUITECTURA CIVIL MADRILEÑA

La Condesa D'Aulnoy se expresa de manera escueta pero sus citas a Madrid seguirán careciendo de objetividad a la hora de apreciar la arquitectura civil de la capital. Para la mayor parte de los visitantes la Plaza Mayor fue lugar de cita imprescindible. La Condesa escribe extensamente sobre ella: «La Plaza Mayor es más grande que la Plaza Real. Es más larga que ancha, con soportales sobre los que están construidas las casas, y todas ellas son semejantes, hechas a manera de pabellones de cinco pisos y en cada uno una hilera de balcones a los que se sale por grandes puertas acristaladas. El del Rey es más saliente que los otros, más espaciosos y todo dorado. Esta en el centro de uno de los lados, con dosel encima»<sup>41</sup>. Es sin duda una provechosa descripción en algunos de sus aspectos pero también hallamos cierta inexactitud en su análisis descriptivo. En primer lugar en lo que atañe a la proporción de su espacio se ha de tener en cuenta que el sistema cuadrangular utilizado se llevó a cabo en términos de

<sup>35</sup> D'Aulnoy, ob. cit., pp. 270, 271.

<sup>36</sup> D'Aulnoy, ob. cit., pp. 270, 271.

<sup>37</sup> Lope de Vega: «Colección de obras no dramáticas». En Simón Díaz, J.: *Guía literaria de Madrid*. Instituto de Estudios Madrileños 1993, p. 236.

<sup>38</sup> Bargrave R., ob. cit.

<sup>39</sup> C. T.: *A short Account and carácter of Spain in a letter from an English Gentleman now residing at Madrid, to his friend in London*. Londres, 1701. (Texto en forma de una carta dirigida a un amigo residente en Londres.)

<sup>40</sup> C. T., ob. cit.

<sup>41</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 283.



La Plaza Mayor de Madrid en el siglo XVII.

Numero de Oro, o mejor de Sección Aurea. La diferencia de proporción entre el lado mayor y el menor del rectángulo es imperceptible. La proporción que crítica entre la longitud y la anchura no es posible. Tampoco el Balcón Real fue un organismo relevado sobre el plano mural, por el contrario estuvo siempre «integrado» en la superficie de la pared de la Casa de la Panadería. Estos matices nos hacen ver que las observaciones son superficiales, arbitrarias y muy poco sutiles. En cambio es de apreciar que constate los cinco pisos de la Plaza todavía existentes en el siglo XVII ya que es problema que en alguna ocasión ha sido cuestionado.

La Plaza Mayor de Madrid, por contraste, la vieron con mayor entusiasmo y precisión otros autores. R. Wynn comenta: «... por fin llegamos a una Plaza construida de manera muy armónica ... todas las casas son de seis plantas y tienen balcones dorados uno encima de otro. Es la única cosa en esta ciudad que vale la pena pararse a contemplar»<sup>42</sup>. Wynn, al referirse a los seis plantas sin duda esta teniendo en cuenta el espacio de buhardillas. Willughby precisa también al referirse a Madrid: «... hay una piazza preciosa rodeada de altas casas, todas iguales, con bonitas filas de balcones, unos encima de los otros, y debajo, todo alrededor pórticos o claustros...»<sup>43</sup>. Bromley añadió: «La Plaza mayor de Madrid tiene que estar muy hermosa cuando hay una corrida. Es una Plaza de elegantes casas de ladrillo, con un Balcón de hierro delante de cada ventana para los espectadores y en la que cabe gran numero de gente. Sus Majestades tienen un Balcón propio y a todos los Ministros públicos se les adjudica uno...»<sup>44</sup>.

<sup>42</sup> Sir Richard Wynn: *El Madrid de los madrileños*, s. f., p. 141.

<sup>43</sup> Willughby, ob. cit.

<sup>44</sup> Bromley, ob. cit.





La Cárcel de Corte de Madrid (óleo sobre lienzo). Siglo XVII.

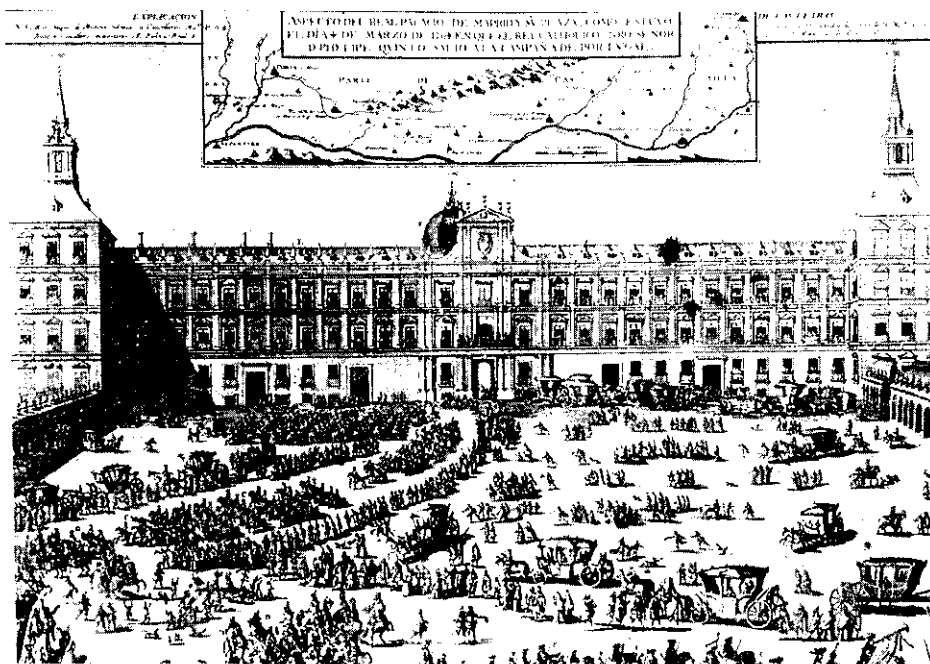
También la Cárcel de Corte llamo la atención de los viajeros. Su diseño se había proyectado en el año 1629, fecha en la que se colocó la primera piedra en un acto de gran solemnidad<sup>45</sup>. A Madame D'Aulnoy no le pasó el edificio inadvertido. Escribe: «... la Prisión es uno de los edificios más hermosos de Madrid. Sus ventanas son tan anchas como las de otras casas. Verdad es que tiene barrotes de hierro, pero todos ellos están dorados. Quedé sorprendida ante la limpieza aparente de un lugar tan desagradable y pensé que querían desmentir en España el proverbio francés que dice no hay prisiones bellas ni feos amores...»<sup>46</sup>. Pero la Cárcel de Corte sin duda no tuvo adversarios. Como edificio noble, y en su funcionamiento estructural de plena vanguardia, fue sin duda muy visitada y elogiada a lo largo de su historia. Bargrave escribe sobre el edificio: «... es tan bonito que parece más apropiado para ser el Palacio de un Príncipe que una Cárcel para criminales, y vivir en ella tendría que ser más bien un placer que una pena, si no fuese por el sufrimiento de estar encerrado...»<sup>47</sup>. Bromley apuntó también: «La Cárcel aquí es la más elegante que jamás he visto; fue construida como Palacio para un Príncipe. El Cardenal Infante, hermano

<sup>45</sup> Conde de Altea: *Historia del Palacio de Santa Cruz*, s. I., p. 141.

Tovar Martín V.: «La Cárcel de Corte madrileña: revisión de su proceso constructivo». *Revista de Archivos Museos y Bibliotecas del Ayuntamiento de Madrid*, núm. 6, 1980, p. 7.

<sup>46</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 261.

<sup>47</sup> Bargrave, ob. cit.



El Alcázar de Madrid en el siglo XVII.

del Rey le dio este fin de Cárcel de Estado»<sup>48</sup>. Esta última información hay que tenerla en cuenta. No se ha documentado que el traslado de la Cárcel desde las casas de Revellon a la Plaza de la Provincia y de Santa Cruz hubiese sido iniciativa del Cardenal Infante Don Fernando. Se ha constatado sobradamente que fue proyecto avalado e impulsado por el propio Municipio de Madrid y por la propia Monarquía con el ánimo de crear un edificio de máxima seguridad y de alojamiento humano digno.

Del Alcázar de Madrid la Condesa D'Aulnoy no nos ofrece una información o una crítica relevante. Incurre en determinadas confusiones ya que en un escrito afirma la dependencia estilística de esta obra del Chateau de Madrid construido en Francia por Francisco I mientras que en otro pasaje lo pone muy en duda. No aclara sus argumentos para justificar tal relación pero entendemos que fue un juicio emitido con cierta frivolidad ya que estructuralmente el Alcázar de Madrid no tuvo ni un solo elemento coincidente con la construcción citada del rey de Francia mientras que recientemente sí se han hallado ciertos elementos de composición en relación con el Palacete de la Casa de Campo de Madrid<sup>49</sup>.

<sup>48</sup> Bromley, ob. cit.

<sup>49</sup> D'Aulnoy ob. cit., p. 269

La Condesa sin embargo puntualiza bien la situación del Alcázar «en el extremo occidental de la capital». Comenta: «El Palacio Real esta situado sobre una eminencia, cuya falda llega insensiblemente hasta las orillas del río Manzanares ... se va allí por la calle Mayor que es muy larga y muy ancha. Aumentan su belleza varias casas considerables. Una espaciosa Plaza esta delante del Palacio»<sup>50</sup>. Extraña que D'Aulnoy se muestre tan parca al definir la Plaza Real. Hacia 1680 este espacio delantero a la nueva fachada principal del Alcázar, se había rodeado de pórticos y su espacio se había regularizado dándole la prestancia que no había tenido en anteriores épocas. Se había construido en ella también una Puerta de acceso monumental a oriente y se habían remodelado las Cocheras y las Caballerizas Reales. Se detiene más en el interior del Alcázar del que nos ofrece la siguiente descripción: «Esta construido con piedras muy blancas. Dos pabellones de ladrillo terminan la fachada; el resto no es regular. Tiene detrás dos patios cuadrados, construidos cada uno en sus cuatro frentes. El primero esta adornado con dos grandes terrazas que reunían en todo lo largo. Están alzadas sobre arcos elevados. Balaustradas de mármol bordean esas terrazas y bustos de la misma materia adornan la balaustrada»<sup>51</sup>. La descripción no es suficientemente esclarecedora pero no adolece de inexactitud. Los pabellones de ladrillo a los que se refiere son sin duda las torres principales angulares denominadas Torre Dorada y Torre de la Reina. El Patio que distingue con terraza se refiere sin duda al llamado del Rey, sin embargo esta terraza a la que se alude no puede ser otra que la que estuvo vinculada al edificio en su costado sur-occidental y que fue denominado como jardín de los Emperadores. De él se ha conservado un diseño en el que se muestra la doble y superpuesta arquería de mármol donde posiblemente estuvieron situados los referidos bustos<sup>52</sup>. La información se amplía: «... se penetra en el Alcázar por numerosos pórticos que conducen a la escalera, la cual es extremadamente ancha. Se encuentran habitaciones llenas de excelentes cuadros, de tapicerías admirables, de estatuas muy raras, de muebles magníficos, en una palabra, de todas las cosas que convienen a un Palacio Real. Pero hay varios cuartos que son oscuros. He visto algunos que no reciben luz más que por las puertas y a los que no se les han hecho ventanas. Los que las tienen no son mucho más claras porque los huecos son muy pequeños»<sup>53</sup>. Este cúmulo de precisiones nos parece interesante pues evidentemente, el Alcázar se había modernizado con el agregado de su fachada meridional, sin embargo habían quedado zonas que conservaban todavía la estructura estrecha y cerrada medievalista. Fue poco sensible sin embargo en la descripción de la escalera principal, una obra bellísima de doble claustro como tampoco es precisa al definir las entradas a la Residencia Real ya que en la obra realizada entre 1612 y 1640 por Juan Gómez de Mora, se perfilaron y se priorizaron los accesos dejándolo

---

<sup>50</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 269.

<sup>51</sup> D'Aulnoy, ob. cit., pp. 268–269.

<sup>52</sup> Ribera J.: *Juan Bautista de Toledo*. Valladolid, 1984.

Barbeito J.: *El Alcázar de Madrid*. COAM. Madrid, 1992.

*El Alcázar de Madrid*. Catálogo-Exposición. Madrid, 1994.

<sup>53</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 269.

reducidos a uno central principal y a dos colaterales. Los accesos norte y oriental con bajada a los jardines, picadero, plaza de toros, etc., se mantuvieron sin variables a lo largo del siglo XVII. Los pórticos a los que se refiere D'Aulnoy no pueden ser otros que los situados en la fachada principal y como tal estructura quedó limitada al que fue situado en el eje central del edificio. Al referirse a las obras maestras que decoraron el interior del Alcázar es de extrañar la ausencia de referencias a Velázquez, Gaspar Becerra, Mittelli y Colonna, Ticiano, etc.

La información «superficial» que caracteriza los textos críticos de la Condesa D'Aulnoy queda aun más patente al referirse al conjunto palacial del Buen Retiro. Escribe: «El Buen Retiro es una residencia real situada junto a una de las puertas de la Villa. El Conde Duque quiso hacer primero allí una casita que llamo Gallinera para poner gallinas muy raras que le habían dado ... está sobre la falda de una colina y cuya vista es sumamente agradable y le animó a construir un edificio considerable. Cuatro grandes cuerpos de edificios y cuatro grandes pabellones forman un cuadro completo ... esa edificación tiene el defecto de ser muy baja. Sus habitaciones son vastas, magníficas y embellecidas de buenas pinturas ... por todas partes brilla allí el oro y los vivos colores de que techos y artonados están adornados...»<sup>54</sup>.

Interesa poner de relieve el juicio contrastado entre su exterior y su interior. En cuanto se refiere a su origen como Gallinera es prueba de su habitual falta de información fidedigna. Como ampliamente se conoce, el Buen Retiro surgió como ampliación del Cuarto Real de San Jerónimo y aunque fue construcción más determinada por la adición o agregación que por la premeditación sin embargo hoy sabemos que a la par que surgía la Plaza de Fiestas, los pabellones que la delimitaron entre los que se incluyó el Salón de Reinos, el Teatro permanente, el Salón de Baile, las Ermitas, etc., se construyó una Pajarera. A este singular edificio fue seguramente al que la Condesa D'Aulnoy le aplico el nombre de gallinera. El calificarlo peyorativamente como construcción «baja», nos demuestra que no supo entender el planteamiento de aquella construcción palacial, que surgió tanto en la mente del rey Felipe IV como del propio impulsor de la obra, el Conde Duque de Olivares como espacio festivo, celebrativo para los cual era necesario la sucesión de una serie de espacios varios (plazas publicas o privadas) y una serie de pabellones con balcones corridos a modo de palcos para los espectadores<sup>55</sup>.

Sorprende sin embargo que diera más acertado matiz a su comentario sobre el Coliseo .... Comenta: «La sala para las comedias es de un bello dibujo, muy grande, toda adornada de tallas doradas. Pueden estar quince en cada palco con comodidad. Todos ellos tienen celosías y aquel que ocupa el Rey esta muy dorado. No hay ni orquesta ni anfiteatro. Se sientan en la Sala sobre bancos...»<sup>56</sup>. No alude a ninguna de las representaciones de las que fue autor Calderón de la Barca de quien nos ha

<sup>54</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 270.

<sup>55</sup> Brown J. Elliot, J. H.: *Un Palacio para el Rey. El Buen Retiro y la corte de Felipe IV*. Madrid. 1981.

<sup>56</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 270.

llegado tal vez la mejor descripción del Coliseo<sup>57</sup>. Pero no dejó de estar atenta al menos a algunas de las comedias que allí se representaron y que posiblemente presenció como invitada<sup>58</sup>. Pero tal vez el hecho que más sorprende en su relato ha sido la omisión no sólo de alguna de las Galerías de Paisajes donde se ubicaron obras de gran relieve, sino el Salón de Reinos, donde se exhibían seis de las mejores obras de Velázquez entre las que se incluye «La rendición de Breda» y otras pinturas notables de mano de Zurbarán, Pereda, Cajes, Carducho, Leonardo, Maino, etc. Tampoco le mereció ninguna atención la estatua de L. Leone, representando a Carlos V y el Furor o la ecuestre de Felipe IV de P. Tacca<sup>59</sup>.

En lo que se refiere a la arquitectura palacial nobiliaria la Condesa D'Aulnoy tampoco nos ofrece las precisiones que desearíamos. Menciona la casa de la Duquesa de Osuna, pero no determina a cual de los palacios corresponde el comentario siguiente: «llama la atención la cantidad de doncellas y dueñas que llenaban todas las salas y las habitaciones»<sup>60</sup>. Entendemos que pudo referirse a la casa de Osuna situada en los Altos de Leganitos. Era la residencia más importante de la familia en esta época ya que al palacio de las Vistillas de San Francisco la familia Osuna lo ocuparían en un período muy posterior después de enlazar con los Infantado. Pero sorprende que dedicara al palacio de Osuna tan vago comentario. Como dama francesa tendría que haber admirado los bellísimos jardines de la Duquesa de Osuna, las grutas, las fuentes y las esculturas. Pero tampoco dedica mención alguna a las casas de Oñate, del Almirante de Castilla, de Pastrana e Infantado, Lemos, Uceda, Monterrey, Lerma etc. El patrimonio nobiliario madrileño o tuvo poco acceso al mismo o llamó escasamente su atención<sup>61</sup>. Aisladamente incluso lo hace en tono peyorativo. De los interiores nos comenta: «los techos no están pintados ni dorados sino que son de un yeso liso de blancura desbordante porque todos los años los rascan y los vuelven a blanquear...»<sup>62</sup>. Esto es indicativo de que desconocía casas que habían sido decoradas suntuosamente como las del Marqués de Leganés, la de Infantado en la calle de Don Pedro, la de Oñate o Duque de Lerma entre otras<sup>63</sup>. En este aspecto de la arquitectura doméstica madrileña también incurre en imprecisiones cuando califica la vivienda «sin cocheras y cuando las hay carecen de patio»<sup>64</sup>. La vivienda ya fuera señorial, unifamiliar o comunitaria de Madrid se ha caracterizado por un dato común, la distribución en torno a un patio y en numerosos casos por el agregado de cocheras y caballerizas. Estos elementos predominan más como es lógico en casas unifamiliares con aire señorial. La Condesa D'Aulnoy insiste en que

<sup>57</sup> Calderón de la Barca ofrece una detallada semblanza del Buen Retiro.

<sup>58</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 276, 277.

<sup>59</sup> Brown, Elliott, ob. cit.

<sup>60</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 227.

<sup>61</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 263.

<sup>62</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 262.

<sup>63</sup> Tovar Martín V.: «El Palacio del Duque de Uceda en Madrid: edificio capital del siglo XVII». En *Reales Sitios*. Año XVII, núm. 64, Segundo Trimestre, 1980, pp. 37-44.

<sup>64</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 225.

Madrid estaba construido «de adobe y ladrillo»<sup>65</sup>, consideración inadmisibles ya que en términos generales fue arquitectura bicrómica por el empleo del granito o la piedra blanca y el ladrillo visto en sus dos modalidades, «rosado» y «colorado». No le pasa inadvertido sin embargo el precio elevado del suelo en aquella etapa y no dudó en afirmar que el metro cuadrado «se cotiza tanto como el de París»<sup>66</sup>. En este acercamiento a la vida cotidiana de Madrid es curiosa su referencia «a la escasez de tiendas... pues a excepción de siete u ocho calles llenas de mercaderes no encontraréis tienda alguna en esta villa como no sean aquellas donde se venden las confituras y los licores, los helados y los pasteles»<sup>67</sup>. Muy poco debió pasear por Platerías, por Puerta de Moros, por la plaza de la Cebada, Santa María, San Miguel, Plaza Mayor o Plaza de la Provincia, núcleos donde se aglutinó tal vez en exceso la actividad mercantil madrileña.

Sorprende también que la sensibilidad de Madame D'Aulnoy no la acercara a los numerosos enclaves ajardinados de la capital. A lo largo del siglo xvii, en cualquiera de las actuaciones arquitectónicas de la ciudad se percibe el deseo de ornar los edificios públicos o privados con zonas ajardinadas. El ejemplo lo dieron los propios monarcas ya que al modernizar o construir de nuevo sus palacios, agregaron zonas amplias ajardinadas cuya composición artística fue confiada incluso a maestros, especializados en el arte de la jardinería, italianos. En este período en Madrid se habían construido los jardines de la Priora, el jardín de la Reina, el jardín de los Emperadores, los jardines de la Casa de Campo y del Buen Retiro, los jardines del Infantado en las Vistillas, los de Osuna, los de Lerma y Monterrey, etc.<sup>68</sup>. Todos ellos emularon los trazados italianos del tardo-manierismo y barroco. Sobre el mapa de Pedro de Texeira de 1656, en el que se reproduce el Madrid que pudo contemplar la Condesa D'Aulnoy se pueden muy bien constatar esas zonas verdes de la ciudad o de un programa arquitectónico gratificado con amplios espacios naturales y cultivados incluso de manera culta<sup>69</sup>. Mm. D'Aulnoy reparó en el Campo del Moro situado en la ladera occidental del Alcázar, lugar que permaneció sin cultivar durante el siglo xvii continuando su tierra dedicada al cultivo de algunos frutos<sup>70</sup>. De aquel escarpado lugar sobre el Manzanares comenta: «... los jardines no responden a la dignidad de este lugar. No son ni tan extensos ni están tan bien cultivados como deberían estar. El terreno, como lo he indicado se extiende hasta la orilla del Manzanares. Todo esta cercado por muros y si estos jardines tienen alguna belleza, procede toda de la Naturaleza...»<sup>71</sup>.

<sup>65</sup> D'Aulnoy, ob. cit.

<sup>66</sup> D'Aulnoy, ob. cit.

<sup>67</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 263.

<sup>68</sup> Rabanal Yus A.: «Los jardines del Renacimiento y el Barroco en España». En Hansmann: *Jardines del Renacimiento y el Barroco*. Madrid, 1983, p. 327.

Tovar Martín V.: *Historia de los Parques de Madrid*. Madrid, 1991, p. 31.

Añón Feliú C.: «El Capricho de la Alameda de Osuna». En *Parques y Jardines de Madrid*. Tomo VI. Madrid, 1994.

<sup>69</sup> Tovar Martín V.: *La capital en el siglo xvii*. ob. cit.

<sup>70</sup> Morán Turina, M., Checa Cremades F.: *Las Casas del Rey*. Madrid, 1986.

<sup>71</sup> D'Aulnoy, ob. cit., pp. 269, 270.

Poca o nula información debió recabar a la hora de emitir estos juicios. El Campo del Moro fue desde el reinado de Felipe II un objetivo muy prioritario para los arquitectos o urbanistas que actuaron en el Alcázar y su entorno. Los Monarcas manifestaron en muchas ocasiones el deseo de convertir aquella ladera occidental en un vergel para lo cual se esforzaron en ir comprando las pequeñas parcelas, huertas o tierras de cultivo que habían pertenecido a particulares. Sin embargo, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, los proyectos de jardinería que se realizaron no se llevaron nunca a cabo. El Campo del Moro hasta el siglo XIX no se benefició de un plan de jardinería con el cual se modificaría sustantivamente su apariencia.

La Condesa D'Aulnoy también fue imprecisa al ofrecernos su impresión sobre la Casa de Campo. En primer lugar afirma que «... la Casa de Campo sirve de Casa de fieras. No es grande pero su situación es bella ... al borde del Manzanares ... hay agua, especialmente un estanque que esta rodeado de grandes robles. La estatua de Felipe IV esta en el jardín»<sup>72</sup>. Escueta descripción y nula valoración de los jardines en donde se habían verificado las primeras manifestaciones de «ars topiaria» entre adornadas fuentes como las de las Conchas o la del Águila. Parterres, pérgolas y el propio sentido simbólico de sus esculturas le pasó inadvertido<sup>73</sup>. Puntualiza la existencia de la escultura ecuestre del Rey Felipe IV pero no duda en adscribirla al Monarca Felipe II. Reconoce su valor artístico pero confunde la estatua ya que en la Casa de Campo estuvo situada la obra realizada por Juan de Bologna–Pietro Tacca de Felipe III, mientras que la de Felipe IV, realizada por Pietro Tacca fue colocada en el jardín de la Reina del Buen Retiro<sup>74</sup>. Pero es que vienen a ser similares las informaciones vertidas en su texto sobre los jardines del Buen Retiro. De ellos escribe: «... el parque tiene más de una legua de contorno y en él se encuentran varios pabellones aislados muy bonitos y en los que hay alojamiento. No sin muchos gastos han hecho venir las aguas corrientes a un canal y a un estanque sobre el que el rey tiene pequeñas góndolas pintadas y doradas. Las fuentes, los arboles y las praderas hacen ese sitio más fresco y más agradable. Hay allí grutas, cascadas y cubiertos y hasta alguna casa campestre en ciertos sitios que conservan la sencillez del campo y que place infinito...»<sup>75</sup>. La Condesa no reparó siquiera en los Jardines del Rey, del Príncipe y de la Reina, en el jardín Ochavado, o en los numerosos enclaves ajardinados que rodearon las ermitas de San Pablo, de San Antonio, de San Juan o de San Bruno. El «parterre» se menciona así: «en el centro se encuentra un parterre lleno de flores y una fuente, cuya estatua, que arroja mucha agua, riega cuando quieren las flores y las avenidas por donde pasan de un edificio a otro»<sup>76</sup>. No contempló o no se informó de la existencia de la Ría Grande y la Ría Chica convertidas en el sistema de canalización de todo el riego tanto de los jardines como del Parque.

<sup>72</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 271.

<sup>73</sup> Navascués P y AA VV.: «La Casa de Campo». En *A propósito de la Agricultura de Jardines de Gregorio de los Ríos*. Madrid, 1991.

<sup>74</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 270.

<sup>75</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 271.

<sup>76</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 270.

También dedica una mención muy breve a La Florida, lugar donde habían situado sus viviendas suburbanas algunos aristócratas como el Marqués de Castellar, Povar, Osuna, Alba, etc. Al referirse a la casa de La Florida (posiblemente la del Príncipe Pío de Saboya por ser la más relevante), dice de ella ser muy agradable con jardines «que gustan infinitamente»<sup>77</sup>. Aunque La Florida todavía no alcanzaba el prestigio al que llegaría cuando la finca fue adquirida por Carlos IV, en el siglo xvii también se tenía como un lugar donde la arquitectura y la jardinería se mostraban con cierto alcance artístico<sup>78</sup>. La Condesa D'Aulnoy nos ofrece de ella un dato valioso al referirse a la existencia de «un gran número de estatuas de Italia esculpidas por los más famosos maestros». «Las aguas murmuran dulcemente...» Pero en lo referente a los jardines sería mucho más explícita al recordar en sus escritos los de Aranjuez, los de la Zarzuela y los de El Pardo.

## SOBRE ARQUITECTURA RELIGIOSA

Resumiendo estas impresiones sobre Madrid de la Condesa D'Aulnoy también queremos tener en cuenta algunas consideraciones sobre el patrimonio artístico eclesiástico, ya que en lo que se refiere a la arquitectura fue un legado muy digno de tener en cuenta especialmente por el número de templos conventuales, capillas, oratorios, humilladeros, etc. y la modernización de antiguas parroquias llevadas a cabo a lo largo del siglo xvii. No le pasaron inadvertidas algunas fiestas religiosas como las dedicadas a la Eucaristía de cuya procesión destaca «el engalanamiento de la ciudad en sus calles»<sup>79</sup>. De las iglesias escribe: «... las encuentro muy hermosas y muy limpias...»<sup>80</sup>. Repara también en los adornos provisionales con los que se «vistieron» los templos con ocasión de determinadas fiestas litúrgicas. Escribe: «Cuando deben celebrar alguna fiesta en una iglesia, desde la víspera clavan grandes clavos en tierra en lo alto de los cuales hay una especie de cazoletas ... y forman avenidas con tales mástiles y es una clase de iluminación muy agradable. Todos los domingos el altar esta alumbrado con más de cien cirios y adornado con una prodigiosa cantidad de piezas de plata y eso ocurre en todas las iglesias de Madrid...»<sup>81</sup>.

Le llamaron la atención entre los setenta y seis templos de Madrid, el de la Almudena y el de la Virgen de Atocha, el primero situado en la calle Mayor y el segundo en las afueras de la ciudad ya que aunque había sido ostentosamente remodelado continuó en el siglo xvii considerado como Ermita aun gozando de patronazgo real. De la Almudena comenta: «... se ve en la Capilla una Virgen que dicen que Santiago trajo de Jerusalén y que ocultó en una torre, la cual esta-

<sup>77</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 272.

<sup>78</sup> Tovar Martín V.: «Diseños de Felipe Fontana para una villa madrileña del barroco tardío». En *Villa de Madrid*. Año XXI 1983-IV núm. 78, pp. 27-40.

<sup>79</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 302 y ss.

<sup>80</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 247.

<sup>81</sup> D'Aulnoy, ob. cit., pp. 248-250.



ba en la muralla de Madrid... en agradecimiento le hicieron construir una Capilla en la que se pintaron al fresco en sus muros esta historia. El altar, la balaustrada y todas las lamparas son de plata maciza...»<sup>82</sup>. De Atocha escribe: «La iglesia de Nuestra Señora de Atocha es muy hermosa. Esta en el recinto de un vasto convento donde hay un gran número de religiosos que no salen casi nunca ... cuando los reyes de España han tenido algún acontecimiento feliz es el lugar donde hacen cantar el Te Deum. Hay allí una Virgen que tiene al Niño Jeus que dicen es milagrosa. Esta Capilla esta al lado de la iglesia y tiene cien lamparas de oro y de plata siempre encendidas. El Rey tiene allí su tribuna con una celosía delante...»<sup>83</sup>.

Las precisiones sobre ambos templos son valiosas. Sin embargo la información tanto en lo referente a lo arquitectónico como a la decoración nos parece muy insuficiente debido sobre todo a que fueron unas obras de gran relieve por los diseños estructurales, los artistas que los ejecutaron y también por la propia decoración en manos de los pintores más celebres de la Corte<sup>84</sup>.

Pero también D'Aulnoy hace referencia a la iglesia de San Jerónimo de la que sólo le llamo la atención «... subimos al locutorio en el que tres horribles verjas, unas detrás de las otras, todas ellas erizadas con puntas de hierro me sorprendieron... »<sup>85</sup>. Fue un tanto más explícita al recordar la capilla de San Isidro a la cual considera que «excede a las demás en belleza». Nos ofrece de ella la siguiente información: «... las paredes de la Capilla están todas cubiertas de mármol de varios colores, con columnas de lo mismo y figuras de algunos Santos. Su Sepulcro esta en medio y cuatro columnas de pórfido sostienen sobre él una corona de mármol que representan flores con sus colores naturales. Nada puede verse mejor labrado y puede decirse que el arte sobrepasa a la Naturaleza. Las figuras de los doce Apóstoles adornan en el exterior la cúpula de la Capilla...»<sup>86</sup>.

La descripción de la Capilla del patrón de Madrid la consideramos sumamente importante especialmente por la duda que han planteado algunos historiadores sobre la estructura marmórea con la que se revistió el interior del templo. Los contratos de la construcción mencionan el suministro de mármoles de las canteras de San Pablo por lo que no se debe dudar de la afirmación del texto de la ilustre viajera sobre la categoría interior del templo tanto en el valor de sus materiales marmóreos policromos como en la espléndida labra de sus componentes realizados en el mismo material. Tanto sus arquitectos, Jose de Villareal, Pedro de la Torre, Juan de Lobera, etc., reafirman en sus «condiciones de obra» que la Capilla de San Isidro sería construida con materiales nobles.

<sup>82</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 248-249.

<sup>83</sup> D'Aulnoy, ob. cit., 247-248.

<sup>84</sup> Tovar Martín V.: «Francisco de Mora y Juan Gómez de Mora en la construcción de la madrileña Capilla de Nuestra Señora de Atocha». En *Revista de la Universidad Complutense*, núm. 85. Vol. XXII, 1973, pp. 205-232.

<sup>85</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 298.

<sup>86</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 249.

La Condesa D'Aulnoy sin embargo no debió conocer otros singulares templos madrileños, como la Iglesia del colegio Imperial, la de Noviciado o San Antonio de los Portugueses de gran interés artístico. Menciona de paso los Mínimos de la Victoria para destacar la piedad de los madrileños: «donde se reza la salve todas las tardes y es lugar de gran devoción. Hay muchas personas que la utilizan para citarse allí...»<sup>87</sup>. De la parroquia de San Sebastián escribe: «He visto San Sebastián que es mi parroquia...». Alude a que la Reina Madre ha mandado hacer una silla para llevar el Santísimo Sacramento a los enfermos cuando hace mal tiempo<sup>88</sup>. También reparó en los Capuchinos de El Pardo donde le llamó la atención «un Cristo desclavado de su cruz que a menudo hace milagros»<sup>89</sup>. Puede referirse al Cristo yacente de Gregorio Fernández, obra de esplendor de los comienzos del siglo xvii. Sin embargo no hay alusión alguna al mérito artístico de esta obra. Pero tampoco la Condesa D'Aulnoy reparó en las innumerables obras de carácter suntuario que enriquecieron los templos madrileños, como los grandes retablos, baldaquinos, sillerías de coro, u objetos de bronce, de plata y de oro.

D'Aulnoy, en el preámbulo de su «relación del viaje de España» afirma no haber escrito «más que aquello que he visto y lo que he sabido por personas de una probidad indiscutible» añadiendo que lo que se relata «es muy exacto y muy conforme a la verdad». Tal vez se expresaba así como un medio de defensa al reconocer las acusaciones que se habían elevado contra ella «por haber puesto aquí hipérbolos».

A nuestro juicio, el texto no nos ofrece más valor que el de un simple mensaje que consigna cuidadosamente algunos lugares y costumbres de la capital sobre los que recaen en ocasiones juicios excesivamente apasionados entremezclados con descripciones llenas de imprecisión y argumentos superficiales que demuestran que la distinguida viajera se hallaba no muy cercana a la realidad madrileña. Como francesa, tal vez advertía la dura y cruda situación social, política y económica del Reino en el reinado de Carlos II y el tono «superfluo» y poco objetivo de su relato fue un modo peyorativo de «mirar» nuestra circunstancia, sin prestar atención alguna a los valores positivos que en la ciudad también se albergaban, tanto en su desarrollo artístico o en su legado de épocas anteriores. Mas bien nos parece que el relato de su «viaje» puede estar inscrito en el concepto de «aventura» y de «fantasía» y escasamente se le puede conceptuar dentro de unos criterios eruditos o de descripción objetiva. Lo corrobora la propia Condesa D'Aulnoy cuando afirma: «un suceso no es falso porque no se haya hecho publico o porque no le haya ocurrido a algún particular». «Es preciso tener en cuenta el país, el humor y el carácter en general de aquellos de quienes hablo.» Por lo general, su visión del mundo cortesano, de lo estrictamente madrileño se envuelve en una sinuosa crítica carente de objetividad. En sus escritos se observa falta de información, y carencia de conocimiento de las gentes, costumbres y especialmente del patrimonio artístico en sus

<sup>87</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 249.

<sup>88</sup> D'Aulnoy, ob. cit., pp. 249–250.

<sup>89</sup> D'Aulnoy, ob. cit., p. 399.

bienes muebles e inmuebles que enjuicia con cierta ironía y una carencia casi absoluta de sus valores propios.

Pero tras una lectura detenida de los textos de Mm. D'Aulnoy consideramos muy necesario advertir que sus juicios y valoraciones de lo español no se limitan a cuanto vió en la Villa y Corte. Extendió su mirada crítica a otros lugares de la geografía española y desde esta perspectiva más amplia, la ilustre viajera aportó otras ideas y juicios de valor estimables. En esta ocasión nos limitamos a matizar su visión de Madrid en los términos de la exactitud o inexactitud de sus reflexiones. Esta acotación al texto no debe servir como instrumento único para valorar el pensamiento y la actitud estética de la ilustre viajera francesa.